

HACIA UN PROYECTO DE INICIACIÓN CRISTIANA PARA UNA IGLESIA LOCAL

Félix Garitano Laskurain

Separata de Teología y Catequesis, núm. 72 - octubre-diciembre 1999
Facultad de Teología “San Dámaso” - Centro de Estudios San Dámaso

I. INTRODUCCIÓN

La *iniciación cristiana* es una expresión que comienzan a utilizarla por vez primera en la Iglesia cristiana los Padres del siglo IV y V para designar la nueva vida que producen los tres sacramentos iniciatorios, bautismo, confirmación y eucaristía. Es de todos conocido que la celebración de los sacramentos estaba preparada tras un largo camino catecumenal. Más tarde, en un contexto de cristiandad, apoyado en el entorno religioso, la iniciación cristiana no pareció necesaria, el bautismo de párvulos fue imponiéndose y el “entrenamiento espiritual o noviciado”, como un tiempo de preparación al bautismo en que el candidato va poco a poco abriéndose a la nueva vida evangélica, desapareció. A comienzos del siglo XX la expresión de la iniciación cristiana vuelve a aparecer en boca de teólogos y pastoralistas. Es conocido cómo, en los años cincuenta, O. Casel presentaba los sacramentos de la Iglesia como una realización del modelo iniciático utilizado en los ritos paganos (los sacramentos bajo la categoría de “misterio”). Pero es sobre todo la caída del régimen de cristiandad en la sociedad moderna la que llevó a la Iglesia a repensar la iniciación cristiana y esta realidad vuelve a aparecer en las actas conciliares del Vaticano II, como puede observarse en la Constitución acerca de la liturgia y en el decreto *Ad gentes*. A partir de este momento se desarrolla en la Iglesia una extensa reflexión teológico-pastoral en torno a la praxis iniciatoria, a lo que entendemos por iniciación cristiana, cuándo uno se considera iniciado, el orden de los sacramentos, la edad para ser iniciado, etc. Hace unos meses, tras mucho tiempo de diálogo y elaboración, el episcopado español daba a conocer una Instrucción en torno a la iniciación cristiana y en la que dejaba en manos de cada diócesis la decisión de cómo llevarla a cabo en su Iglesia local. La *Iglesia local* es la Iglesia de Jesús enraizada en un espacio socio-cultural determinado. La ley de la encarnación, asumida por toda Iglesia local, hace que cambien determinados proyectos pastorales de una Iglesia a otra o que presenten al menos, unos cambios considerables. “La evangelización, decía Pablo VI, pierde mucho de su fuerza y su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea y no llega a su vida concreta” (EN 63). Es muy pretencioso tratar de ofrecer un *proyecto iniciatorio para una Iglesia local*, en primer lugar porque es cada Iglesia la que lo debe hacer, y en segundo lugar, porque nos encontramos ante una realidad marcada por una trayectoria de dos mil años y donde no siempre convergen la fidelidad a la reflexión teológica y la fidelidad a la praxis pastoral. De ahí que haya titulado

Hacia un proyecto... No pretendo más que ofrecer una serie de reflexiones y pistas pastorales a quienes estén preocupado con este problema en las Iglesias locales, basándome para ello en las orientaciones del Magisterio, en las reflexiones de teólogos y pastoralistas y, cómo no, también en mi propia experiencia pastoral. ¡Ojalá estas páginas ayuden a dar un paso hacia adelante en algo tan importante para la Iglesia!

II. LA INICIACIÓN CRISTIANA

Nos encontramos ante un serio reto para la Iglesia. Aun dando por segura la actuación del Espíritu, que nunca ha abandonado ni abandonará a la Iglesia, principal motor de la iniciación cristiana - lo cual nos hace ser esperanzados-, me atrevo a afirmar que en este reto se juega en buena parte de la continuidad de lo que lleva entre manos. Unas comunidades cristianas que no acierten a inyectar en sus nuevos miembros el espíritu, la mística y el talante que siempre han movido a los discípulos y seguidores de Jesús, tienen un negro porvenir. El que hoy haya iniciados en la fe significa que sigue habiendo hombres y mujeres que toman en serio y valoran el don de Dios y esto es muy importante para una Iglesia que existe para evangelizar, para ser mediación en la entrega y la vivencia de los dones de Dios a la humanidad. La “traditio”, la entrega de cuanto ella es y vive a las nuevas generaciones, pertenece a la esencia de la Iglesia.

La iniciación cristiana debería ser una de las acciones básicas que hacen felices a los responsables de una comunidad cristiana, y no cabe duda de que muchas veces lo es. Paradójicamente, sin embargo, es, al mismo tiempo, una de las áreas pastorales donde más sufrimos los párrocos, debido, fundamentalmente, a la seriedad que deseamos impregnar a nuestra actuación pastoral.

En el bautismo de párvulos, los niños son bautizados en la fe de la Iglesia, proclamada por los padres, padrinos y la comunidad... los pastores intuimos que en un grandísimo porcentaje de padres no hay garantías de que estos niños vayan a ser educados en la fe, porque no se encuentran en el nivel de fe exigido para poder educar vivencialmente a otros. Está la comunidad, diría alguien. ¿La comunidad? La comunidad está ciertamente representada en algunos de sus miembros, pero la mayoría no se siente mínimamente implicada en la acogida de esos nuevos miembros y huye a otra iglesia en cuanto observa que hay bautismos, confirmaciones, primeras comuniones...

En más de una reunión de párrocos he oído con dolor afirmar que la confirmación (celebrada en nuestra diócesis en los umbrales de la vida adulta y que debería significar un paso importante en la adhesión a Cristo y a su Iglesia -el sacramento del laicado lo llaman algunos-) viene a ser en la mayor parte de los jóvenes el sacramento del adiós. Nos resulta una auténtica incoherencia. Joseph Moingt escribe a este respecto en uno de sus libros: “El bautismo es el comienzo de un proceso que en realidad... no tendrá lugar. La eucaristía, que debería significar la entrada en la vida de la Iglesia, más bien resulta la salida en muchos casos. La institución bautismal fabrica más apóstatas prácticos que cristianos perseverantes”^[1].

Todo ello resta ilusión a nuestra actuación sacramental. Ciertamente, es posible que a los pastores nos falte, o con los años hayamos perdido, el *carácter materno eclesial* (más gozo,

“sincero” por los acontecimientos de nuestros hermanos feligreses, más acogida, más donación gratuita al estilo de los padres, que dan la vida a sus hijos sin que éstos lo hayan pedido). No es deseable que quienes vienen a solicitar un sacramento (no eso, esa bendición que hacen ustedes...) lo hagan con miedo, temiendo una acogida fría y exigente por nuestra parte, temiendo incluso la negativa por tratarse de una situación irregular, o por no ser de la parroquia, o por no poder venir a los encuentros preparatorios. Hay algo que debemos asegurarnos: nadie va a quedar “huérfano”, todos podrán gozar de la oferta de Dios. Es éste uno de los aspectos mejor subrayados en las orientaciones últimas del episcopado español en torno a la iniciación cristiana.

Es posible, igualmente, que centremos más *nuestra atención en la respuesta* del ser humano que en la donación gratuita de Dios, y nosotros seamos mediación de dicha gratuidad. es importante que estemos convencidos de que el amor de Dios que desea darnos su vida no está condicionado a nuestra respuesta, “éstos no han nacido de amor humano sino de Dios” (Jn 1, 13). Dios da gratis y cada uno responde en la medida en que puede o lo desea...

Pero con todo, pensamos que la iniciación cristiana ha de ser repensada seriamente en nuestra Iglesia. No es tanto un problema de situarla en tal o cual edad, es mucho más profundo: nos encontramos ante un nuevo universo cultural, con unas tremendas implicaciones en las generaciones jóvenes y debemos ser lo suficientemente valientes como para afrontar esta situación y buscar nuevos caminos. El problema no se soluciona con retrasar la edad del bautismo. Está en cuestión toda la iniciación cristiana y “esto es algo que concierne a toda la Iglesia cristiana, ya que es en los sacramentos donde la Iglesia define, proclama, simboliza y realiza la naturaleza de una vida cristiana como seguimiento de Jesús”^[2]. A nadie se nos oculta que detrás de unas opciones iniciatorias hay una manera de entender la fe y una manera de ver la presencia de la Iglesia de Jesús en la sociedad. “El que admite el bautismo de los niños, sean cuales sean las razones teológicas aducidas en su favor, admite a la vez esta forma pública de la Iglesia y del cristianismo. El que lo rechaza, cualesquiera que sean los motivos teológicos en que se apoye, desea y defiende una forma social distinta de la Iglesia...”^[3].

Claramente se observan dos tendencias muy diferenciadas en lo que se refiere a *la iniciación cristiana de niños, adolescentes y jóvenes*:

- Una más *dogmático-eclesiológica*, que fija su atención predominantemente en la donación gratuita de Dios, el carácter iniciador salvífico del sacramento, la unidad y el orden de los tres sacramentos, tendencia en la que insisten fuertemente los liturgistas.
- Otra más *antropológico-pastoral*, que se fija más en la madurez en la fe y capacidad humana del candidato para poder responder activa y personalmente a la donación gratuita de Dios, deseando así hacer con ellos una Iglesia de creyentes adultos en la fe. Esta tendencia es más trabajada por catequistas y pastoralistas.

Ambas tendencias son a tener en cuenta a la hora de intentar hacer un proyecto de iniciación cristiana. Por todo ello me siento obligado, antes de nada, a escuchar su discurso, incluso a tener en cuenta a quienes observan la iniciación cristiana desde un lado existencial, como si los sacramentos respondieran a la necesidad de ritos de paso que parece respirar todo ser humano en momentos concretos de su existencia.

1. *La iniciación cristiana vista desde el lado teológico*

El gran catequista y pastoralista C. Floristán apunta que el “término iniciación procede del verbo *in-ire* que significa “entrar dentro”. Equivale a todo proceso de maduración, desarrollado durante un cierto tiempo, para lograr la identificación de una persona con un grupo concreto o una comunidad específica. El iniciado religioso es introducido mediante un rito o “*initium*”, participando así en los beneficios salvadores de la asociación religiosa...”^[4]. Iniciarse es por tanto comenzar a vivir en cristiano, aprender a ser y vivir en cristiano, diríamos en términos populares; es entrar en el “misterio”, conocerlo por dentro, gozar de sus riquezas (de ahí la palabra “mistagógica” para significar la última etapa del catecumenado en que los iniciados sacramentalmente gozan de los misterios en que han sido incorporados). ¿De qué misterio hablamos?: *Del misterio pascual*. Los iniciados se adhieren a Jesucristo, que pasa de la muerte a la vida, reciben su don, la promesa del Padre, que es el Espíritu, y participan en el cuerpo de Cristo, a la vez eucarístico y eclesial. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo define bien: “Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la confirmación, participan por medio de la eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor” (CEC 1322).

Como toda otra iniciación, la iniciación cristiana es un acto humano, un aprendizaje de gran densidad e incidencia en la vida de todo iniciado, y esto hace que requiera un *caminar* lento, por etapas. “Este camino, dice el *Catecismo*, puede ser recorrido rápida o lentamente. Y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la profesión de fe, el bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunidad eucarística” (CEC 1229).

Es un caminar marcado por los tres sacramentos iniciadores y donde participa el *candidato*, la *comunidad cristiana* representada por el obispo, los presbíteros, los catequistas, los padres y padrinos, la comunidad acompañante y... Dios. Todos sabemos que el sacramento es una relación recíproca entre el ser humano y Dios, realizada en la Iglesia y a través de la Iglesia y que el rito significa y mediatiza dicha relación. Es una relación, sí, pero en la que fundamentalmente hay Uno que da y otro que lo recibe libre y gustosamente. En este sentido, la iniciación cristiana *es fundamentalmente acción gratuita de Dios*. Ciertamente el hombre dice “sí”, se prepara para acogerlo personalmente, dejándose transformar por la acción de Dios y la compañía de sus hermanos creyentes y lo celebra festivamente con ellos, en la Iglesia. Pero en todo ello debe cuidar el riesgo del “pelagianismo”, de creer que la obra de su transformación interior depende fundamentalmente de sí mismo. Pablo dice acertadamente que lo que ocurre en el corazón humano no es fruto tanto de quien lo planta o lo riega, sino de quien lo hace crecer, Dios (1 Cor 3, 7). La fe, ciertamente, es un acto humano, pero, como movimiento de adhesión de toda la persona a Dios, tiene un componente misterioso que desborda la conciencia humana. El mismo movimiento del corazón humano hacia Dios está impulsado por él. Todo es un don de Dios, “me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma... ¿a dónde iré lejos de tu aliento, a dónde escaparé de tu mirada?” (Sal 138). Es esta convicción la que justifica que se puedan administrar los sacramentos iniciadores a los párvulos, donde la donación gratuita por parte de Dios, ese Dios que se adelanta a ofrecer su

vida antes de que el hombre se lo pida, es sin duda el componente más patente, como lo es así mismo en el gesto de unos padres que dan la vida a un niño. Es acaso una dimensión que a veces de nos escapa a los pastores, porque, de lo contrario, seríamos más gratuitamente acogedores. De todo ello se derivan tres consecuencias importantes:

a) *La unidad de los tres sacramentos iniciadores*. Si la iniciación cristiana es la inserción en el misterio pascual y éste se compone de tres realidades que forman una unidad, como es la muerte y la resurrección de Cristo, el don de su Espíritu y el nacimiento de la Iglesia -en el evangelio de Juan todo ocurre en un mismo momento-, es claro que los tres sacramentos que prefiguran el misterio pascual forman igualmente una unidad. La misión de Cristo y del Espíritu van unidas y ambas incluyen la puesta en marcha de la Iglesia. La unidad de la iniciación cristiana se basa en la unidad trinitaria.

De todos es conocido que Oriente ha continuado hasta nuestros días administrando a la vez los tres sacramentos, aun cuando se trate de infantes. En Occidente, en cambio, se ha seguido otra trayectoria cuando se ha tratado de iniciar cristianamente a los niños (no así tratándose de adultos, ya que los bautizados en edad adulta son inmediatamente confirmados y participan de la mesa eucarística). Muy pronto se separa la confirmación del bautismo: a manera que se va implantando el cristianismo, no es fácil contar con la presencia del obispo en las aldeas, y los presbíteros administran el bautismo y la eucaristía, dejando la confirmación para la visita del obispo. “La práctica de la Iglesia latina, dice el *Catecismo*, expresa más netamente la comunión del nuevo cristiano con su obispo, garante y servidor de la unidad de su Iglesia, de su catolicidad y apostolicidad, y por ello, el vínculo con los orígenes apostólicos de la Iglesia de Cristo” (CEC 1292). A partir del siglo XII se separan también el bautismo y la primera eucaristía, situando la comunión hacia los 12 años; a comienzos del siglo XX el papa Pío X la situaría a los 7 años^[5]. Actualmente, en nuestra diócesis -y en otras muchas- el bautismo se celebra en los primeros meses de vida, la eucaristía entre los 8-9 años y la confirmación en los umbrales de la vida adulta, 16.17 años. Buscar la unidad de los sacramentos iniciadores, a pesar de la separación en el tiempo, es uno de los empeños más serios de la teología y de la pastoral litúrgica, algo que los pastores sabemos, pero no valoramos suficiente.

b) La unidad de los sacramentos iniciadores hace que *ninguno de ellos sea facultativo*. El haber situado el sacramento de la confirmación en el umbral de la vida adulta, tras una preparación de 2-3 años, ha influido fuertemente en que una buena parte de los jóvenes no hayan recibido el sacramento. A ello ha contribuido sin duda otro hecho reciente: como era de esperar, hay un número respetable de padres que no bautizan a sus hijos en su primera infancia, pero llegados éstos a la edad de la primera comunión, influidos por los propios hijos, la familia, el contexto y ¿por qué no? su propio interior, solicitan el bautismo y la eucaristía para sus hijos. Es fácil pensar que muchos de estos niños no accederán a la confirmación, ya que una buena parte de ellos abandona la catequesis una vez recibida la primera comunión. Los pastores nos encontramos frecuentemente con muchos jóvenes que vienen a solicitar el matrimonio sin que antes hayan sido confirmados. Ciertamente, en la mayor parte de los casos, ya no hay posibilidad de pensar en que puedan ser confirmados, aunque hay experiencias positivas en este campo. Ya es malo en sí este hecho, pero aún es peor el que los pastores no

demos ninguna importancia al mismo. Sin la confirmación, la iniciación no está terminada, el creyente no está fortalecido para su misión en el mundo, algo que pertenece a su esencia de creyente, “no puede entenderse la confirmación como un sacramento de élites, dicen los obispos españoles, sólo para un grupo de selectos”^[6]. Paul de Clercq, afamado liturgista francés, viendo la facilidad con la que hoy se prescinde de la confirmación, acusa de negligencia eclesial con la obra del Espíritu. “El sacramento que nos marca con el don del Espíritu, como don de Dios, es indispensable para hacerse uno cristiano. Considerarlo opcional, no necesario ni para participar en la eucaristía ni para otros sacramentos como el matrimonio, es atentar gravemente contra la identidad del cristiano”^[7]. A este respecto, Schoonenberg llega a decir que el bautismo de los párvulos, cuando no está acompañado de la formación cristiana y otros sacramentos, en concreto la confirmación, “es incompleto como sacramento; cuando todo ello no está garantizado, el bautismo de los párvulos es un abuso, un sinsentido...”^[8].

c) *El orden de los sacramentos iniciadores*. La Iglesia ha seguido tradicionalmente un orden en la oferta de los sacramentos iniciadores (bautismo, confirmación, eucaristía), un orden que tiene un fundamento teológico, no es, por tanto, algo arbitrario. La unidad y el orden del misterio pascual, muerte-resurrección de Jesús, envío del Espíritu y nacimiento de la Iglesia, cuyo fundamento sacramental lo encontramos en la eucaristía, parece indicar el orden a seguir. La eucaristía, centro de la vida cristiana, supone que quienes participan en la mesa del Señor se han adherido ya a él por el bautismo y el don del Espíritu. Pretender seguir el orden tradicional, como vemos, tiene un serio sustrato teológico y sería injusto tratar de “restauracionistas” a quines hoy pretender recuperar dicho orden sacramental. Hasta aquí la visión teológica. Otra cosa es que la pastoral actual -la vivencia de la fe en un contexto cultural y social determinado- nos pida alterar dicho orden.

2. La iniciación cristiana vista del lado de la pastoral

“Uno no nace, sino que se hace cristiano”, es una célebre frase de Tertuliano. Ningún pastoralista negaría que los sacramentos iniciadores nos integra en la vida de Dios, que nos constituyen hijos e hijas de Dios etc..., sin embargo, muchos de ellos piensan que no configuran apenas una identidad cristiana en los iniciados. Recuerdo la palabras de mi compañero sacerdote Jean Claude Barreau, en mis años de estudiante en París, a propósito de la influencia del “medio” en los chavales “difíciles” con los que él trabajaba: hayan pasado o no por una catequesis, decía, al poco tiempo las reacciones de unos y otros ante la vida, las luchas, los enfrentamientos, etc., son las mismas. Louis Marie Chauvet afirma a este respecto que la *iniciación en el plano sacramental* no se traduce en una *iniciación en el plano existencial*, y hablando de los sacramentos recibidos en la infancia resalta la desproporción entre la oferta y la demanda. Los padres vienen con una “lógica de comunión” (que su hijo sea admitido en el grupo social... y que para ello haga lo que hacen los demás), una lógica de inserción en el grupo que se vive más o menos conscientemente, y nosotros, los pastores,

funcionamos con una “lógica de la diferencia”, tratando de hacerles ver que el bautismo produce una identidad que les diferencia de otras personas.

No se puede poner en duda el interés de determinados padres y el gran esfuerzo de presbíteros, educadores de centros educativos, catequistas, etc. por iniciar a niños y jóvenes y sería injusto afirmar que todo ello ha sido baldío. Desde mi experiencia me atrevería a afirmar que:

- Un porcentaje significativo de jóvenes llega al umbral de la vida con una *adulthood en la fe que corresponde a su madurez humana*, una fe, sin duda, que requerirá continuar trabajando aspectos tales como la celebración dominical, la adhesión eclesial, la oración como hábito, etc., pero que comporta una opción pensada por Jesucristo como alguien que puede humanizar y divinizar sus vidas.

- Los que trabajamos con padres, bien con vistas al bautismo, la catequización y la primera eucaristía de sus hijos, observamos a menudo que en determinados encuentros -y sobre todo en las celebraciones sacramentales- *algo se mueve en sus vidas*. Estoy convencido de que en determinados momentos importantes de sus vidas hemos sido una buena noticia, porque hemos sabido *acogerles* en el nivel donde están y ayudarles a *vivir* ese acontecimiento con una visión positiva cristiana. El agradecimiento que palpamos en muchos ojos y apretones de manos nos revela que algo ha pasado en su interior, algo acaso no tan fuerte como para desencadenar en ellos un serio retorno a su fe, pero en cualquier caso algo positivo.

- Después de haber hablado sinceramente con muchas de las parejas que se presentan en la parroquia solicitando el matrimonio, uno llega a la conclusión de que allá donde ha habido antes, en la infancia y adolescencia, una experiencia religiosa positiva, *queda latente un “humus” religioso* que en determinados momentos de la existencia se transforma en llamada. El conocido catequeta e impulsor del catecumenado francés H. Bourgeois sitúa también la experiencia religiosa infantil entre las motivaciones que posibilitan el “retorno” a la fe de muchos alejados, “lo que puede ocurrir cuando se ha tenido una infancia religiosa y no se renuncia a ella sin más ni más”^[9].

Pero, con todo, hay que reconocer que se trata de un movimiento minoritario, de jóvenes, de pequeños signos esperanzadores, siempre positivos, pero pequeños. Algo falla, diría alguien, cuando la máquina de producir cristianos no produce lo que se esperaba. Desde la pastoral se mira con preocupación el “devenir” de la iniciación cristiana. Incluso se pregunta si hoy es posible una iniciación cristiana en la “diáspora” cultural en que viven actualmente en Occidente muchos de los niños y jóvenes que manifiestan querer ser cristianos.

Hay algo claro en todo ello: la iniciación cristiana debe ser hoy uno de los puntos en los que *se concentre toda la atención de la Iglesia occidental*. No se trata ni de romper ni de mantener a toda costa ninguna tradición, sino de buscar que la iniciación cristiana logre aquello que pretende, que realice aquello que significa, que no se de esta ruptura entre iniciación sacramental y vida cristiana. Destacados pastoralistas estiman que “una de las causas mayores de la pérdida de vitalidad de la Iglesia reside en que demasiada gente se acostumbra a hacerse cristiana sin que haya ningún esfuerzo por llegar a serlo realmente”^[10].

Es preciso, por tanto, que todo aquello que forma parte de la esencia del sacramento esté presente en el mismo, y el *acto humano* es uno de esos componentes: “Todos los componentes esenciales humanos deben darse en la iniciación cristiana, como son la libertad, la sociabilidad

y la temporalidad”^[11]. El ser humano necesita tiempo, experiencia, esfuerzo... para transformarse en hombre libre, capaz de responder a sus obligaciones sociales. Los ritos iniciadores suponen distintos tipos de compromisos libres y de relaciones sociales que no se dan en la misma edad y que requieren, por tanto, una formación gradual, diversificada y desarrollada en el tiempo. “La iniciación sacramental es un proceso de larga duración”^[12]. Los obispos españoles hablan en su documento de un “camino de liberación del pecado y de crecimiento en la fe hasta sentarse a la mesa eucarística (IC 10), algo que lógicamente está suponiendo una duración determinada. Nada de esto parece estar contemplado en una iniciación cristiana llevada a cabo en la niñez.

La *inculturación* es otro de los componentes del acto humano. Todo ser humano está integrado en una cultura concreta y de ahí que tenga derecho a oír “las maravillas de Dios en nuestra propia lengua” (Hch 2, 11). Naturalmente, la cultura de un pueblo o un colectivo humano, más allá de la lengua, son también sus concepciones ante la vida, sus valores, etc. “La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestro tiempo”, decía Pablo VI (EN 21). Es posible que no lo podamos evitar, pero que no sea por nuestra negligencia y falta de lucidez. Recuerdos unas palabras que me dijo un gran teólogo y mejor persona, no mucho antes de morir: “La Iglesia no supo asumir la modernidad y perdió a los intelectuales; más tarde, no hizo suya la revolución obrera y perdió al mudo laboral, y ahora corre el riesgo de perder a los jóvenes, que son el gran vehículo de la postmodernidad”. “La Iglesia, decía Pablo VI, ha de transvasar lo esencial del mensaje cristiano al lenguaje que esos hombres comprenden” (EN 63); “ha de esforzarse en conocer en profundidad la cultura de las personas, con el fin de que el Evangelio llegue a los niveles más profundos de la existencia” (IC 15).

No cabe hacer un proyecto en el despacho de un buen estudioso del tema, sin más, sin tener en cuenta la historia concreta de un pueblo, sin observar las grietas, ventanas abiertas, posibilidades, resistencias, posicionamientos ante la vida, etc., de los destinatarios. Por eso es arriesgado criticar el proyecto iniciático de una Iglesia local cuando se vive en otro universo cultural.

No es lo mismo elaborar un proyecto para jóvenes como los nuestros, establecidos en muchos aspectos en la postmodernidad y que consciente o inconscientemente sufren la herencia o las consecuencias de una sociedad que ha vivido -y vive- una dura tensión socio-política durante los últimos 30 años y que ahora “pasa de todo”, que el hacerlo para unos jóvenes a quienes no ha impactado tan duramente la secularización, el secularismo, etc.

Los sacramentos iniciadores, cada uno a su manera, van integrándonos en la comunidad eclesial, *una comunidad* que acoge a los catecúmenos y neófitos, los acompaña durante su proceso de maduración en la fe, ora por ellos pidiendo la acción del Espíritu, se implica profesando su fe (sobre todo en el bautismo de párvulos, son bautizados en la fe de la Iglesia), los acoge en la mesa eucarística, los anima con su ejemplo de vida a vivir la fe, etc. Por todo ello, esta acogida -participación de la comunidad- pertenece igualmente a la esencia del sacramento y es algo, por tanto, con lo que debemos contar necesariamente en la iniciación cristiana. Desgraciadamente, éste es un campo donde debemos progresar seriamente en las comunidades cristianas.

Los sacramentos deberían ser *la meta final*, no el principio del proceso de iniciación. “Son el estadio final de una experiencia personal y comunitaria que desemboca en la celebración del sacramento. La experiencia de fe vivida y la progresiva conciencia de un amor de Dios gratuitamente ofrecido y voluntariamente aceptado son una parte esencial del sacramento”^[13]. Haciéndolo así, los sacramentos siguen siendo una donación gratuita de Dios. Este deseo de procurar que la iniciación cristiana no sea tan sólo una iniciación a través de los sacramentos, sino una iniciación a los sacramentos, esto es, que produzcan auténticamente una madurez en la fe, es lo que ha impulsado a los pastoralistas a replantear la edad y el orden de los sacramentos iniciadores, cuidando siempre de no manipularlos para lograr determinados objetivos, por muy apreciables que éstos sean.

3. La iniciación cristiana vista desde el lado existencial

La socióloga Liliane Voyé piensa que, al menos en la Europa occidental, “la ausencia de otros ritos de paso distintos a los instituidos por la Iglesia conduce a que estos ritos sean seguidos tanto por los no cristianos como por los cristianos... sin que por ello quieran significar ningún tipo de pertenencia a la Iglesia...”^[14]. Cada vez hay más Administraciones, como la soviética, en la que apenas existen ritos religiosos asumidos por la mayor parte de la ciudadanía. Mi amigo y a la vez gran teólogo Xabier Basurko, en un artículo suyo en torno a la pastoral del bautismo, insiste fuertemente en la importancia de los “ritos de paso”, del saber estar cerca del pastor en esos momentos (H. Zarnt nos llama a ser “abogados del ser humano del hombre”^[15]). Fundamentalmente él alude a cuatro momentos clave en la vida de una persona como son el nacimiento, la apertura del niño al mundo una vez que deja ya la infancia (la comunión), el matrimonio y la muerte. En concreto, tanto el nacimiento como la muerte ofrecen unas hendiduras a través de las cuales se intuye lo eterno^[16].

Personalmente estoy convencido de que mucha gente se sentiría suficientemente satisfecha si le ofreciéramos un rito de paso en clave cristiana, por ejemplo una lectura cristiana del nacimiento de su hijo, utilizando unos textos de la Palabra, algún salmo de agradecimiento a Dios por la vida, bendiciendo a los padres por este gesto de amor, acogiendo al niño... Sabedores de todo ello, los obispos españoles nos aconsejan en sus últimas orientaciones acerca de la iniciación cristiana que la acogida o inscripción catecumenal “no debe de ir acompañada por un rito creado al efecto, que sería fácilmente tomado como equivalente al mismo sacramento” (IC 81).

Siguiendo a liturgistas como De Clercq o Basurko estoy de acuerdo en que no contamos con un rito del nacimiento. “El bautismo, dice P. de Clercq, no está ligado al nacimiento a este mundo, sino al nacimiento a la fe, algo que puede ocurrir en cualquier edad. El cristianismo no conoce un rito del nacimiento...”^[17]. X. Basurko, por su parte, lamenta el hecho de “el Ritual del bautismo de niños, con su temática centrada en el misterio de Cristo y de la Iglesia, parece ‘quemar’ este rico filón del acontecimiento del nacimiento, anticipándose, por otra parte, con una oferta que apenas es valorada”^[18].

Los pastores debemos ser sensibles a esta necesidad de ritos que parece existir en el corazón humano. A veces se nos altera nuestra psique cuando palpamos que nuestra oferta sacramental no es vivida por quienes vienen a solicitar el sacramento. Chauvet nos habla de cinco dimensiones de la religiosidad^[19].

- la experiencia de adhesión a Jesucristo, fundamentalmente de orden afectivo;
- el contenido de las creencias que la Iglesia propone a quien se acerca a ella;
- la comprensión de aquello en que se cree;
- los comportamientos éticos derivados de esa adhesión;
- la dimensión del rito o las prácticas culturales.

Es claro que en muchos de los que solicitan un sacramento funciona fundamentalmente la dimensión ritual, algo que hay que tener en cuenta. Apuntaba yo antes que en muchos de los que solicitan el sacramento funciona la “lógica de comunión”, unos resortes arcaicos latentes en nuestro interior y cuya influencia en nuestras decisiones es mayor de lo que pensamos. Ciertamente, estos ritos les aportan unos beneficios psíquicos y sociales (librarse de un posible sentimiento de culpabilidad ofreciendo al niño todas las posibilidades, la protección de Dios ante una vida que comienza, la regresión nostálgica a nuestra propia infancia, las buenas relaciones con la familia y el entorno...) y esto pesa más en una balanza que los inconvenientes que les supone pasar por el despacho parroquial, los encuentros preparatorios, etc. Posiblemente, para muchos padres, en el fondo de sí mismo, el bautismo de sus hijos, más que un sacramento fundante de la identidad cristiana, viene a ser una fiesta de la infancia, una especie de reconocimiento y acogida que la sociedad, interpretada aquí por la Iglesia, hace de sus hijos. Igualmente, la primera comunión, más que el participar en la mesa eucarística, memorial de la muerte y resurrección de Jesús, es la gran fiesta de la infancia y el niño accede a ella con todo su mundo (su familia, sus amigos, con la alegría de ser reconocido centro de todo su entorno familiar, etc.). Todos estos datos son *algo que tenemos que tener en cuenta los pastores* si queremos ser buena noticia, si queremos evangelizar a unos destinatarios alejados de la fe.

III. A MODO DE PROYECTO PARA LA INICIACIÓN CRISTIANA

En realidad, más que de proyecto deberíamos hablar de proyectos, ya que una Iglesia particular deberá hacer un tratamiento diferente según se trate de iniciar, bien a adultos que desean ingresar en la comunidad cristiana o volver a sus raíces cristianas, bien a niños y adolescentes. Dejando para el final la iniciación de los adultos, voy a adentrarme en el difícil campo de la iniciación de niños y adolescentes, ya que ellos constituyen el núcleo mayoritario de iniciación de nuestras comunidades.

1. Proyecto de iniciación cristiana para niños, adolescentes y jóvenes

No es mi afán presentar un proyecto rupturista, porque no sería realista y, sobre todo, porque me lo impide el respeto a una Tradición secular y a unas Iglesias particulares. Tan sólo pretendo ayudar a que la iniciación cristiana sacramental vaya pareja con una maduración en la fe, esto es, que se realice aquello que se significa; apuntar, ¿por qué no?, proyectos de mejora

que hoy pueden resultar utópicos, pero que es bueno que vayan sonando en círculos pastorales; sobre todo pretendo subrayar aspectos que podrían mejorar el actual funcionamiento de la iniciación cristiana, sabiendo y esperando que mucho de lo apuntado aquí se está realizando ya en muchas comunidades y que, por tanto, no les resultará novedoso.

Hay que ser lúcidos en todo este planteamiento. No vamos a conseguir iniciar en su totalidad (celebración, maduración en la fe, vida cristiana) a todos cuantos se acercan a nuestras comunidades. Guy Cordonnier, Director del Servicio Nacional del Catecumenado, hablando de lo que ha dado de sí la incorporación de tantos cientos y miles de adultos bautizados en Francia, nos dice que un buen número de ellos se ha desenganchado” por muchos motivos; “es todo un interrogante la tasa de perseverancia de los neófitos”^[20]. Si esto ocurre con adultos convertidos que han seguido un largo catecumenado, ¿qué cabe pensar de niños y adolescentes que viven en entornos nada apropiados para crecer en la fe?

a) El bautismo, sacramento de la fe

El Catecismo de la Iglesia define claramente su esencia sacramental: “Es el pórtico de la vida en el Espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión” (CEC 1213).

Aun cuando el número de adultos bautizados es un dato muy importante a tener en cuenta, no hay duda de que el bautismo es un sacramento que se confiere en la infancia y fundamentalmente en los primeros días o meses de la existencia. Es una opción que tomó la Iglesia hace ya muchos siglos, opción criticada duramente por unos, defendida por otros. Teólogos como Hans Urs von Balthasar la califican como la más grave de todas las decisiones de la Iglesia, una “decesión que ha de propiciar un modelo de cristianismo en el que ‘se nace’ cristiano inconscientemente”^[21]. Todos conocemos la oposición al bautismo de niños en la escuela barthiana... D. Borobio aduce razones muy serias a favor del bautismo de niños, sin embargo no palpa ilusión en la pastoral actual bautismal, como si se tratara de una “batalla perdida”. “Se está convencido de que, por lo general, la pastoral del bautismo de los niños no es la solución ni el problema de ‘falta de los padres’, ni a la cuestión de ‘cómo se hace un cristiano’, o ‘cómo se renueva una comunidad’”^[22].

Por otro lado, el bautismo de niños es legitimado “desde una triple vertiente teórica: *la antropológica* (paralelismo con el nacimiento a la vida), *la comunitario-ecclesial* (el sujeto de la fe no el ‘yo’, sino el ‘nosotros’), *la propiamente teológica* (el primado de la acción divina, que antecede a toda acción humana, que siempre será ‘respuesta a aquella’”^[23]). Muchos apoyos a favor del bautismo de niños se pueden aducir aquí. El liturgista J. Aldazábal dibuja bellamente esta situación: “Bautizar a un niño es celebrar el amor que Dios le tiene. Es darle la bienvenida ecclesial... A este niño le ama Dios... Este niño ha sido incorporado a la vida de Jesús Resucitado. Este niño es nuestro hermano y le vamos a arropar entre todos para que crezca fuerte y gozoso en esta nueva vida...”^[24]. Son palabras igualmente aplicables a un niño que en sus primeros días es acogido en la comunidad y comienza una preparación a ese “sí”,

que lo dará cuando sea capaz de ejercer su libertad.

Hay que reconocer que el bautismo de niños *ha ganado muchos enteros en referencia existencial* comparativamente con lo que se vivía hace treinta o cuarenta años. El sentido comunitario y simbólico de la celebración, la implicación de los padres, los encuentros preparatorios, etc.

En cualquier caso, de seguir con la praxis actual del bautismo de infantes, habría que asegurar:

1. Una *preparación pre-bautismal con padres y padrinos*. No en vano esos niños son admitidos en el sacramento amparados en la fe de la Iglesia, una fe manifestada por sus padres y padrinos. En esa preparación convendría tomar en serio el acontecimiento del nacimiento recalcando:

- El Dios de la vida, que les felicita por esa donación de vida -co-creadores con él- y les invita a abrir en el niño las ventanas por donde pueda entrar su vida de Dios.
- Una comunidad que le acoge gozosamente en su seno.
- Su hijo ha pasado del “no ser al ser” (el “choque ontológico”, como diría Tillich) y ahora es invitado a vivir su ser en plenitud, incorporándose a Jesucristo en el bautismo.

Algunos pastoralistas han comentado la conveniencia de dividir: por una parte *un rito de paso*, leído en clave cristiana, días antes del bautismo, realizado en un local que no sea el templo cristiano y donde se celebraría el gran don de la vida; por otra, *el sacramento del bautismo*, celebrado naturalmente en la comunidad cristiana.

Pero, como apuntaba antes, este doble rito tiene sus inconvenientes. Aparte del doble trabajo que supondría esto para unos sacerdotes mayores y sin demasiadas energías, podría acarrear, según nuestros obispos, una minusvaloración del rito bautismal (yo me pregunto si no ayudaría a muchos padres a entender el compromiso del bautismo).

2. Un *serio padrinazgo*. El padrinazgo no existe prácticamente en un cristianismo sociológico, pero cobra una relevancia extraordinaria en una pastoral de misión. En realidad, el padrinazgo es función de toda la comunidad cristiana (despertar, entregar, acoger, alimentar, madurar, sostener...), pero, para ello, ella pide la colaboración de unos cuantos miembros cualificados de la comunidad que se encargarán de llevarlo a cabo. “El padrinazgo es la función personal ejercida por la comunidad cristiana y por los fieles para realizar una triple función: *testimoniar* al candidato en su proceso de conversión, *garantizándole* su eventual ingreso en la comunidad y *ayudarle* en su crecimiento cristiano”^[25]. La Iglesia tiene la grave responsabilidad de no entregar los sacramentos allá donde no haya garantías; de ahí que, en situaciones de misión -y más tratándose de una situación postcristiana como la actual-, tome muy en serio la realidad del padrinazgo. Deberíamos implantar que el padrino sea una persona de total garantía para la comunidad cristiana, haciéndole participar en toda la pastoral pre y postbautismal. Así mismo, el proceso preparatorio de la confirmación debería comenzar con la elección por los confirmandos de una persona capaz de acompañarles cristianamente durante su preparación. Los padrinos, una vez aceptado su ministerio, participarían a lo largo de todo el proceso,

reuniéndose frecuentemente con otros responsables de la comunidad (presbíteros, catequistas...). En una situación ideal, habría que pensar en un único y mismo padrino para toda la iniciación cristiana. En mi experiencia última como párroco, soy yo mismo -siempre de acuerdo con el candidato- quien elige el padrino cuando se trata del bautismo de un adolescente o un adulto y trabajamos conjuntamente el proceso a seguir.

3. *Una catequesis o catecumenado postbautismal* para los niños bautizados. “No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona. Es el momento propio de la catequesis” (CEC 1231). Traigo a colación el término “catecumenado” al hablar de esta situación porque estos niños han de ser aún iniciados a la eucaristía y a la confirmación. Esta catequesis (entre los 6 y los 12 años) tendría un primer período catequético entre los 6 y los 9 años en torno al bautismo recibido y a la eucaristía que van a recibir próximamente. Después, entre los 9 y los 12 años, se daría un segundo período catequético de maduración en la fe (con un buen sabor mistagógico), para terminar con la entrega de una síntesis del mensaje cristiano y la confesión de fe por parte de los catequizados. Estos actos finales deberían contener una premonición de la confirmación, a la que accederán cuatro o cinco años más tarde y que será la que termine su iniciación cristiana.

Lógicamente, el que dicho proceso sea bien llevado a cabo está supeditado a los padres. Muchos responsables parroquiales, conociendo el entorno ambiental que va a rodear dicha catequesis, dudan mucho de su eficacia. Ciertamente, no cabe esperar mucho de una hora semanal de catequesis (que queda en 50 minutos), en horarios poco aconsejables muchas veces (tras toda una jornada escolar), llevada a cabo en locales no siempre adaptados y con unos catequistas a quienes desbordan muchas veces las dificultades con las que se encuentran para catequizar. Si a esto unimos la ausencia del niño en la celebración dominical, se llega fácilmente a la conclusión de que es totalmente irremplazable la colaboración y el testimonio cristiano de la familia. No era mejor la catequesis que recibimos nosotros en nuestra infancia - más bien mucho más deficitaria-, pero contábamos con el clima cristiano familiar. La familia y la iniciación cristiana, curiosamente dos de las opciones elegidas como prioritarias por nuestra Iglesia diocesana en el nuevo estilo que deseábamos dar a nuestra Iglesia local a partir del 2000. Personalmente, yo sería partidario de llevar a cabo un proceso con aquellos padres que estuvieran dispuestos, *comenzando* por una reunión al trimestre durante los seis primeros años posteriores al bautismo (y donde, por una parte, trabajaría desde la fe una serie de problema y actitudes humanas básicas, provocando la “simpatía” hacia la fe, y por otra desarrollaría la pedagogía a seguir con sus hijos en casa); y *continuando* con una reunión al mes, una vez comenzada la catequesis (a los 6 años) hasta la primera comunión. Tres años de catequesis para los niños antes de su primera comunión y donde, mientras se preparan a recibir el don de la eucaristía, de manera especial les ayudaríamos a descubrir y vivir el don del bautismo recibido. De esta forma, toda esta catequesis tendría una cierta impregnación mistagógica, algo que los obispos españoles han subrayado en su documento y que, a mi parecer, es una de sus aportaciones más ricas (IC 30).

Tomando en serio aquello que apuntaba más arriba de que todo lo que constituye el acto

humano (como la consciencia, el uso de la libertad...) pertenece a la esencia del sacramento, hay quienes apuntan como un buen paso para la Iglesia el que ésta pudiera instaurar una especie de acogida catecumenal para los niños que desean ser bautizados y en la que los padres se comprometieran a educarlos en la fe, dejando la celebración bautismal para el momento en que el niño pudiera apropiarse mínimamente del lenguaje de la fe, dando un “sí” al don de Dios. “El bautismo, sacramento de la confesión de fe, es el nacimiento del niño al lenguaje de la fe, su entrada en la comunidad de los que profesan la misma fe... Este sacramento conviene celebrarlo, por tanto, cuando el niño es capaz de reflexionar, de comunicarse libremente, entre los 8-9 años”^[26].

Hoy día son cada vez más los niños que son bautizados en esta edad, pero no lo son como consecuencia de una opción pastoral apoyada desde la Iglesia, sino porque sus padres, que no quisieron bautizar a sus hijos recién nacidos -muchas veces por indiferencia religiosa-, se ven presionados a ello por sus hijos, que quieren comulgar como los demás niños.

En ambos casos conviene hacer un buen planteamiento iniciatorio. Au cuando esta situación está prevista en el RICA y en las Orientaciones del episcopado español, mi impresión es que muchos párrocos, ante el hecho de niños que desean comulgar sin haber sido bautizados, solventan como pueden la solución y ello, fundamentalmente, porque no se les ofrece un itinerario pastoral concreto. De ahí que las Iglesias locales deban tomar muy en serio la instauración de un catecumenado para niños que van a ser bautizados en edad catequética.

Dicho catecumenado podría incluir:

- La acogida catecumenal en medio de la comunidad (rito de la cruz, nombre, inscripción...).
- El compromiso de padres y padrinos en acompañar a sus hijos, acudiendo a los encuentros.
- La participación con otros compañeros ya bautizados en la catequesis.
- Una catequización especial a él o ellos cara al bautismo, con un buen catequista.
- Una celebración bautismal que puede realizarse por etapas: durante el itinerario: las renunciaciones o promesas bautismales, la oración de la comunidad por ellos, la unción catecumenal; el día del bautismo: el rito del agua, la crismación y la entrega de la luz.

El día de la celebración tiene sus problemas. dado que el Ritual, como es natural, exige que la eucaristía de los neófitos esté unida al bautismo, hay dificultades para que los padres acepten realizarlo en la noche de Pascua. Hacerlo un domingo del tiempo de Pascual parece que podría interpretarse como una concesión de favor que una comunidad hace a dicho niño y en cualquier caso separarlo de los compañeros. Algunas parroquias hemos optado por celebrar el bautismo la víspera de la comunión, dejando la participación en la eucaristía para el día siguiente, con los demás compañeros. Creemos que con ello salvamos la unidad del bautismo y la eucaristía, y la unidad del niño con sus compañeros, algo que también juzgamos importante. El grupo de compañeros acude al bautismo y en él se renuevan ellos el suyo.

Aun cuando el Ritual recomienda administrarle la confirmación inmediatamente a continuación del bautismo, nosotros hemos preferido esperar a la llegada del obispo, y que sea él quien lo confirme cuando se encuentre en los umbrales de la vida adulta.

b) La confirmación, el sacramento del Espíritu

El Concilio Vaticano II lo definió en la constitución *Lumen gentium*: “El sacramento de la confirmación une a los bautizados más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con una fortaleza especial del Espíritu Santo. De esta forma se comprometen mucho más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras” (LG 11). No es fácil definir la especificidad de este sacramento en relación con el bautismo, cuál es el signo propio del rito de la confirmación, su lugar hoy en la pastoral actual, etc. Por una parte, en el Nuevo Testamento el bautismo parece ser el sacramento del Espíritu; el rito de iniciación parece ser el bautismo; después vendrán los ritos postbautismales, pero hasta siglos más tarde no se aceptará comúnmente la separación entre bautismo y confirmación como dos sacramentos autónomos.

Por otra parte, tampoco hay claridad en cuanto a los signos constitutivos del sacramento; tanto la unción como la imposición de manos aparecen en el Nuevo Testamento (Jesús aparece como ungido, mientras los apóstoles van imponiendo las manos, al menos en las comunidades cristianas de origen judío). Oriente privilegió y privilegia actualmente la unción. Occidente ha sufrido cambios en todo ello. Actualmente, el rito de la confirmación exige los dos signos: imponiendo la mano, unge la frente del candidato, diciendo “Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo”.

En lo que sí están de acuerdo teólogos y pastoralistas es en *la íntima vinculación de ambos sacramentos*. Tomás de Aquino afirma que “si el bautismo es una regeneración espiritual, la confirmación es un aumento espiritual que hace al hombre alcanzar la perfecta edad espiritual”^[27]. Schillebeeckx ve que nuestra incorporación a la comunidad eclesial sacramental del misterio de la Pascua y de Pentecostés se realiza en dos tiempos: por la celebración misteriosa del bautismo y por la de la confirmación. En la misma línea, Congar ve que la dualidad bautismo-confirmación es una traducción, en el plano del simbolismo litúrgico, de la dualidad de misión del Verbo encarnado y del Espíritu para realizar la misma obra salvadora de Dios (Chauvet apoya claramente esta línea). Hans Küng ve que si la confirmación tiene un sentido es “en conexión estricta con el bautismo, como desarrollo, corroboración, culminación del bautismo”^[28].

Me parece observar un *serio malestar* en círculos litúrgicos, e incluso en el magisterio episcopal, respecto al papel que se le está haciendo jugar a la confirmación en la pastoral actual. Un buen exponente puede ser el liturgista francés Paul de Clercq, quien lamenta la “confusión entre confirmación y profesión de fe. A la confirmación concierne la constitución del ser cristiano, mientras que la profesión de fe, bien individualmente bien con otros, puede repetirse siempre que se desee (y en concreto recuerda la Vigilia pascual)”. “La confirmación está condicionada en exceso a la fidelidad en la fe de los jóvenes... A veces se reacciona como si la confirmación hubiera sido inventada para responder a las dificultades actuales de los adolescentes y los jóvenes... como si la confirmación pudiera ser la solución a los problemas de los jóvenes...”. “Es la eucaristía la que debe asegurar la progresión en la fe, y no la confirmación, situada algún tiempo después del bautismo”. “Si hay necesidad de etapas

ulteriores, que se creen, sin querer utilizar la confirmación para tales fines”^[29].

Son profundas y claras sus manifestaciones, sin embargo hay también pastoralistas que no dramatizan tanto esta situación. H. Bourgeois, en esta misma revista, estima que “la historia puede interpretarse de una manera distinta a la que se ha hecho hasta ahora y que puede valorarse positivamente el desarrollo que ha seguido la confirmación en Occidente... Es necesario poder decir que la confirmación ‘confirma’ una práctica eucarística inicial”. Joseph Moingt lleva incluso a decir que “la razón de ser de la confirmación no aparece tan bien si se le sitúa como continuación directa del bautismo. Se busca entonces lo que puede añadir a aquél. El punto de vista cambia cuando se considera la confirmación al término del largo camino recorrido por el joven bautizado... en tal situación tiene como función acabar la iniciación de la eucaristía y a la penitencia y la de hacer del bautizado un cristiano totalmente iniciado”. Moingt ve en la confirmación la capacidad de ejercer ministerios. “El día en que la confirmación sea reservada a los adultos, sin duda no se tardará en percibir que los candidatos voluntarios a la confirmación son también candidatos virtuales a un servicio a la Iglesia”^[30]. Personalmente pienso que es injusto cargar las tintas sobre la pastoral sobre la confirmación, cuando es el sacramento iniciatorio que más seriamente hemos trabajado en las comunidades cristianas. ¡Cuántas horas estamos invirtiendo en ello los sacerdotes y catequistas! No es mi responsabilidad el decidir dónde ha de ser emplazado, pero ciertamente es el sacramento que ha generado el que un número muy considerable de jóvenes hay continuado madurando su fe y que algunos de ellos hayan desembocado en el ministerio sacerdotal. En la historia de la Iglesia no pocas veces *la praxis ha ido por delante de la teoría. No creo que la confirmación sea el problema: es toda la iniciación cristiana la que ha de ser planteada lúcida y valientemente en un espacio cultural nuevo como el actual. Ojalá la actual situación de la confirmación sea la espoleta que ponga en marcha una reestructuración más radical de la iniciación cristiana en general.*

Como todo pastoralista, no busco otra cosa que el que la iniciación cristiana sacramental vaya pareja con una maduración en la fe. A pesar de todas las serias y fundadas críticas a la actual situación de la confirmación, mantendría la confirmación en los umbrales de la vida adulta, cuando un joven puede empezar a tomar decisiones serias. Eso sí, un sacramento unido al bautismo y a la eucaristía. De ahí que juzgue totalmente necesario que la preparación a la confirmación sea una preparación que incluya toda la iniciación cristiana.

Una *catequesis en torno al bautismo*, con una renovación solemne, de las promesas bautismales, bien en la misma celebración sacramental, bien unos días antes.

1. Una *catequesis en torno a la confirmación*, a la recepción del don gratuito del Espíritu, la fortaleza del creyente, su compromiso para asumir la causa de Jesús en la Iglesia (compromisos eclesiales). Véronique y Olivier Bourboulon, animadores de los grupos que se preparan para los sacramentos en la capellanía estudiantil de Saint Étienne, afirman que “el hecho de estar bautizado o confirmado no significa forzosamente una vinculación mayor con la Iglesia; no hemos constatado ningún cambio significativo en su vinculación eclesial”^[31]. Eso es así si observamos a la mayoría de los confirmados -a lo más se da una mayor vinculación con la parroquia, no tanto a nivel de Iglesia-, pero en mi parroquia un número

significativo de jóvenes que se confirman asumen anualmente compromisos parroquiales.

2. Una *catequesis en torno a la eucaristía*, solemnizando la celebración de la eucaristía el día de la confirmación. En efecto, estos jóvenes comenzaron a participar en la eucaristía cuando eran niños, pero éste es el día de su *comunión solemne*, el día en que celebran adultamente su gozo por ser admitidos en la mesa del Señor. De esta forma, no es la confirmación la que cierra la iniciación cristiana, sino la eucaristía. Tampoco les planteamos apuntarse al sacramento de la confirmación, sino a ser iniciados cristianamente con la participación en la confirmación y en la eucaristía^[32]. Es la suerte de poder terminar la iniciación con un sacramento que es reiterable y que va a seguir madurando nuestra fe.

3. Una *celebración de la reconciliación*, antes de la celebración sacramental de la confirmación y la eucaristía, acaso uniéndola a la renovación de las promesas bautismales. Es un momento idóneo para la conversión, para que el sacramento de la reconciliación haga de “segundo bautismo”, como decían los Padres.

4. Unos *padrinos* elegidos al comienzo del proceso y que participan periódicamente en los encuentros de los confirmandos con los responsables de la comunidad (catequistas, presbítero...).

5. Una *comunidad juvenil postconfirmatoria* que los acoja, y donde, agrupados en los tres ejes (reflexión, oración-celebración y acción), sigan madurando su fe, asumiendo con mayor adultez la opción que acaban de hacer. En esta etapa, los jóvenes deberían ser iniciados en otras dimensiones de la vida cristiana, como la acción apostólica, la iniciación a la oración y la celebración, etc.

c) La eucaristía, cumbre de la iniciación cristiana

La comunión eucarística es presentada siempre como “centro de toda la vida cristiana”, el punto culminante de toda la iniciación. Es como un “sello” con el que los bautizados en el agua y en el Espíritu ratifican y refuerzan la vinculación con Jesucristo. Siendo esto así, parece una incoherencia que se dé menos extensión a la eucaristía que el bautismo y a la confirmación, tratándose de la iniciación cristiana. No hay más que mirar al RICA, apoyado fundamentalmente en el bautismo, o a las Orientaciones últimas del episcopado español (y a mí me ha pasado lo mismo, he trabajado más en este artículo el bautismo y la confirmación que la eucaristía). Ciertamente que la eucaristía, como donación gratuita de la vida de Dios, como invitación a participar de la mesa del Señor (comulgar con él, común-unió), es un regalo -y debemos darlo como tal-, pero uno se pregunta si no deberíamos ser más exigentes con aquello que constituye nuestra máxima identidad cristiana. Es duro oír decir a unos novios, cuando se les pregunta si vamos a celebrar el matrimonio dentro de un contexto eucarístico, participando de la mesa: “Como usted quiera...”

El Ritual del bautismo de niños en edad catequética recomienda que los niños se hayan hecho con el hábito de asistir a la eucaristía, antes de participar en la primera eucaristía. Esto contrasta fuertemente con la realidad actual: los niños están ausentes de la eucaristía dominical, al menos en muchas de las parroquias urbanas. Los niños argumentan que se van

fuera los fines de semana, cosa que es muy cierta, pero podrían acudir a la eucaristía allí donde viajan. Pero nos encontramos con unos padres jóvenes que no viven la fe. Una vez más nos hallamos con el tremendo problema de la familia cristiana., el *entourage* del niño. Hay parroquias que, recordando la vieja costumbre eclesial de que los catecúmenos acudan únicamente a la liturgia de la Palabra, invitan a los niños durante unas cuantas semanas a acudir tan sólo a esa parte, pensando que con ello van a suscitar en los niños el deseo de participar en la segunda, en la “mesa del Señor”. La presencia del niño en la celebración es un problema que tenemos que afrontarlo seriamente los pastoralistas y catequistas si queremos que el niño descubra la fe como vida, fiesta y no sólo como “doctrina”, por muy vital que queramos hacer la catequesis.

Personalmente, no haría problema de la edad de la eucaristía, aun cuando sería positivo retrasarla un año más, como lo han hecho varias diócesis; un año es mucho a esta edad y los niños acuden con un gran vacío de experiencia religiosa. Pero sí sería partidario de no cargar las tintas excesivamente sobre la primera comunión como la gran eucaristía de sus vidas. Es cierto que nos encontramos con la presión de la necesidad de un “rito de paso”, de una fiesta, ahora que el niño se abre a la vida adulta -y que siempre se celebra el comienzo de algo nuevo-, pero sería más partidario, al estilo francés, de que la primera comunión fuera un comenzar a participar de la mesa, algo que un niño lo puede hacer cualquier domingo del año; y solemnizar la eucaristía que el adolescente va a celebrar en los umbrales de la vida adulta (17-18 años) el día en que va a ser confirmado (una iniciación a la eucaristía).

Sería importante unir esta primera eucaristía con los otros dos sacramentos de la iniciación:

- Renovando las promesas bautismales unos días o meses antes de la eucaristía, como lo apuntaba más arriba.
- Ayudando a los niños a tomar conciencia de que el Espíritu de Dios que va a hacer presente a Jesús en la eucaristía, algún día (en la confirmación) los hará fuertes para ser sus testigos.

- Haciendo participar de nuevo en los encuentros preparatorios y en la celebración a los padrinos del bautismo.

Mi experiencia pastoral me dice que, para unos padres, la primera comunión de sus hijos es mejor *momento antropológico* que el bautismo. El nacimiento del niño les coge normalmente muy al comienzo del matrimonio, están fuertemente impactados y sobrecogidos por el acontecimiento, por volcarse en él y quizás les falta esa distancia necesaria para ver las cosas más serenamente, para pensar en otras cosas. En la comunión, los padres están en un momento antropológico más sereno, han vivido ya una experiencia seria con su hijo, comienza a preocuparles su futuro y por eso los padres responden mejor a nuestras llamadas. Ésa es la razón de que debemos aprovechar lúcidamente este momento existencial para estar cerca de ellos y proponerles algo serio (ver el planteamiento del catecumenado postbautismal que he propuesto más arriba).

2. Iniciación cristiana de adultos

Hasta el presente he tratado de la iniciación cristiana que más se trabaja en nuestras

comunidades cristianas, la iniciación de niños, adolescentes y jóvenes. Realmente es clave para el futuro de nuestras comunidades la incorporación de las nuevas generaciones. Pero todos somos conscientes de que dicha incorporación no se dará si no contamos con adultos maduros en la fe, y és es nuestro reto. De ahí que últimamente la documentación catequética del magisterio hay presentado la catequesis de adultos “como la forma principal de catequesis, a la que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan” (DGC 59). Los obispos españoles, en las Orientaciones últimas acerca de la iniciación cristiana, tratan en la tercera parte de la iniciación de los adultos (IC 112-133).

Dentro el mundo de los adultos necesitados de la iniciación cristiana cabe distinguir: los no bautizados; adultos bautizados, pero no confirmados; aquellos que fueron bautizados en su niñez, incluso que pudieron ser catequizados, pero que muy pronto abandonaron la vivencia de la fe; los que se manifiestan creyentes, incluso practicantes más o menos habituales, pero que revelan grandes lagunas iniciatorias en su vida cristiana.

Por lo que respecta a los *primeros*, es claro que han de seguir el proceso establecido por el Ritual de la iniciación cristiana de adultos y apoyarse en el *Directorio General para la Catequesis* (nn. 88-91). Ésta es una realidad que espero la tomen muy en serio los obispos diocesanos instaurando en sus Iglesias locales un verdadero catecumenado diocesano en el que, naturalmente, esté implicado personalmente el propio obispo. Es él quien debe realizar los ritos prebautismales y bautizar a estos adultos, cada vez más frecuentes, en su iglesia catedral la noche de Pascua. Haciendo participar a sus colaboradores, en concreto a los responsables de la liturgia y la catequesis de la diócesis, en el proceso a seguir con estos candidatos.

En cuanto a los *segundos*, recuerdo lo que apuntaba en la iniciación vista desde el lado teológico: es relativamente frecuente encontrarnos con jóvenes adultos que en vísperas de su matrimonio reconocen no estar confirmados; algunos de ellos manifiestan incluso estar dispuestos a prepararse para recibirlo. La premura de la celebración matrimonial (está ya comprometido el restaurante, enviadas las invitaciones...), las dificultades para juntar a varios candidatos, contar con quien les pueda catequizar, disponer de un delegado episcopal para la celebración sacramental, etc., todo ello hace difícil que se pueda llevar a cabo la celebración de la confirmación, pero no imposible. Habría que hacer anualmente una llamada a nivel diocesano, como lo han hecho con acierto en alguna diócesis española, y llevar a cabo una preparación intensiva como apuntan las Orientaciones del episcopado español. Sin duda ninguna, sería un iniciativa muy acertada.

Por lo que respecta a los bautizados alejados de la fe y, por tanto, no iniciados en ella, grupo en el que desgraciadamente están encuadrados la mayor parte de los padres jóvenes, es evidente que han de seguir una catequesis estilo catecumenal, esto es, han de ser iniciados prácticamente como si se tratase de verdaderos catecúmenos (CT 44). Es aquí, en buena parte, donde se juega el futuro de nuestras comunidades, ya que son ellos quienes pueden asegurar un clima familiar cristiano.

Recuerdo mis años como colaborador del Equipo Europeo de Catecumenado. La experiencia catequizadora española con adultos ya bautizados, tratando de terminar la iniciación cristiana o comenzarla en algunos casos (en aquel momento la llamábamos “reiniciación” y hoy vuelve a llamarse así en las Orientaciones del episcopado), no tenía un sitio definido dentro del

catecumenado europeo. Nosotros insistíamos en que le gran reto europeo cristiano no consistía tanto en la iniciación de los que se querían bautizar cuanto en la capacidad de hacer que aquella gran masa de bautizados adultos viviera su fe, entre otras cosas por su incidencia en la familia y en la imagen de Iglesia que estábamos ofreciendo. Hoy día vemos con gozo que catequetas de la talla de Henri Bourgeois lo están afrontando valientemente, como lo testimonia su citado libro, *Los que vuelven a la fe*.

Hay que reconocer lo “difícil” que representa la evangelización de estos alejados de la fe, tanto en lo concerniente a la capacidad de las comunidades cristianas para convocarlos a la fe como de acompañarlos en su proceso de búsqueda. Después de estos ocho años de parroquia estoy llegando a la conclusión de que la mayor parte de las parroquias -al menos en contextos similares al que vivimos en el País Vasco- no tiene capacidad para abordar el acompañamiento individual o grupal de estos adultos y que, por tanto, conviene establecer en cada una de las zona pastorales de la diócesis un Centro de educación en la fe donde puedan acudir aquellos adultos que pretenden ser acompañados en su búsqueda de la fe. Lógicamente, este Centro no puede funcionar sin la colaboración comprometida de las comunidades cristianas.

Cada vez resulta más problemático poder convocar a unos adultos alejados de la fe para procesos de 4-5 años de duración (los neocatecumenales proyectan aun procesos de mucha más larga duración). Incluso hoy resulta difícil proponer al hombre moderno opciones definitivas. “La iniciación bajo la forma clásica de una secuencia programada... y que conduzca a opciones irreversibles, a través de ‘pasajes’ decisivos, es un concepto que hoy se encuentra con dificultades. Por un lado, el hombre de nuestro tiempo tiene dificultada en asumir opciones absolutas. El mismo tiempo no es hoy necesariamente vivido ni aun percibido como una continuidad en progresión. El tiempo se concentra en puntos fuertes y estalla en flashes discontinuos... Más que de tiempo progresivo habría que hablar de “tiempos fuertes” unidos progresivamente”^[33]. Es posible que tangamos quehacer, como lo apunta Chauvet, iniciaciones intermedias -momentos iniciadores- entre lo que sería una pura iniciación sacramental y una iniciación existencial de una duración concreta determinada^[34].

Personalmente mantendría la posibilidad de una iniciación de corte catecumenal, de 3-4 años de duración, para aquellos que lo deseen y llevada a cabo bien en las parroquias bien en el Centro apuntado antes arriba; y la oferta de “momentos iniciadores” intensivos en las parroquias: prebautismal., encuentros trimestrales de padres entre los 0 y los 6 años y encuentros mensuales con estos padres entre los 6 y los 9 años (entre el inicio de la catequesis y la primera comunión de los niños).

Es evidente que el trabajo evangelizador con adultos alejados de la fe requiere el apoyo de *plataformas comunitarias parroquiales de adultos* que han madurado su fe, grupos donde son acogidos y donde pueden seguir compartiendo y creciendo en su búsqueda de la fe.

En cuanto a los últimos, creyentes practicantes, más o menos habituales pero que revelan serias lagunas iniciatorias, sería bueno el poderles ofrecer una “catequesis mistagógica”, esto es, la posibilidad de reafirmarse en los sacramentos iniciadores recibidos, siguiendo para ello un proceso de un año de duración, en el que se combinarían catequesis bíblicas en torno a los sacramentos con pequeñas celebraciones en torno a los símbolos sacramentales y la entrega “comentada” del Padrenuestro y el desarrollo del Credo apostólico.

A MODO DE PEQUEÑO APÉNDICE

Es claro que la acción iniciatoria de una diócesis, sea con niños, jóvenes o adultos, debe estar encuadrada en un *proyecto unitario diocesano*. Es absurdo pensar que los distintos caminos iniciadores pudieran ser compartimentos estancos, pero así lo ha sido en la realidad de muchísimas diócesis. Una Iglesia local que se plantea seriamente cómo iniciar a su hombres y mujeres debe sentar en una mesa a los responsables de las distintas ofertas iniciatorias y tratar de ver con ellos las posibilidades y los acentos iniciadores locales en todos ellos, el modo de enriquecerse mutuamente los que inician un camino de búsqueda de la fe, la implicación de las comunidades parroquiales en todo ello, el modelo funcional de dichas parroquias, de forma que pongan en marcha en su interior plataformas comunitarias donde puedan recalar los iniciados, etc.

[1] . J. Moingt, *Le devenir chrétien* (DDB 1973) 23.

[2] . J. Moingt, *o. c.*, 21.

[3] . J. Moltmann, *La Iglesia, fuerza del Espíritu* (Salamanca, Sígueme, 1978) 275.

[4] . C. Floristán, *Para comprender el catecumenado* (Estella, Verbo Divino, 1989) 11.

[5] . C. Floristán, *o. c.*, 71 (cuadro muy interesante).

[6] . *La iniciación cristiana, Reflexiones y orientaciones*, n. 90 (en adelante utilizaremos la sigla IC en el texto).

[7] . P. de Clercq, “L’initiation et l’ordre des sacrements”: *Catéchèse* (1997) n. 147, 40.

[8] . P. de Clercq, “Un seul baptême? Le baptême des adultes et celui des petits enfants”: *La Maison-Dieu* (1991) n. 195, 7-33.

[9] . H. Buorgeois, *Los que vuelven a la fe* (Bilbao, Mensajero, 1995), 61.

[10] . J. Moingt, *o. c.*, 20.

[11] . *Íbid.*, 35.

[12] . *Íbid.*, 36.

- [13] . J. A. Vela, *Reiniciación cristiana* (Estella, Verbo Divino, 1986) 169.
- [14] . Cit. por X. Basurko en “Hacia una pastoral del bautismo”: *Teología y Catequesis* (1986) n. 18, 249-260.
- [15] . H. Zarnt, *Dios no puede morir* (Bilbao 1971) 108.
- [16] . X. Basurko, “Hacia una pastoral del bautismo”, *a. c.*, 251.
- [17] . P. de Clercq, “L’initiation et l’ordre des sacrements”, *a. c.*, 36.
- [18] . X. Basurko, “Hacia una pastoral del bautismo”, *a. c.*, 258.
- [19] . L. M. Chauvet, *o. c.*, 192-193.
- [20] . G. Cordonnier, “Faire Église”: *Croissance de l’Église* (1995) 21-23.
- [21] . H. Urs von Balthasar, *Ensayos teológicos* (Madrid 1964) 25.
- [22] . D. Borobio, “Bautismo en tiempo de pluralismo”: *Phase* (1997) n. 218, 97-216.
- [23] . X. Basurko, “Hacia una pastoral de bautismo”, *a. c.*, 254.
- [24] . J. Aldazábal, “Dios ama a este niño”: *Phase* (197) n. 218, 91-95.
- [25] . C. Floristán, *o. c.*, 174.
- [26] . J. Moingt, *o. c.*, 44-45.
- [27] . Tomás de Aquino, *Suma teológica*, q. 72.
- [28] . H. Küng, “La confirmación como culminación del bautismo”: *Concilium* (1974) nn. 99-100, 99-126.
- [29] . P. de Clercq, “La place de la confirmation dans l’initiation chrétienne”: *Nouvelle Revue Théologique* (1993) n. 115, 516-542.
- [30] . J. Moingt, *o. c.*, 130-136.

[31] . V. Bourboulon / O. Bourboulon, “Rester chrétien après l’initiation”: *Catéchèse* (1997) n. 147, 75-80.

[32] . J. A. Vela, *o. c.*, 121.

[33] . J. A. Vela, *o. c.*, 167.

[34] . L. M. Chauvet, *a. c.*, 49-56.